

CARPIO, MARCELA DEL O SOR MARCELA DE SAN FÉLIX (1605-1687)

LOAS PARA DIFERENTES COLOQUIOS

I. Loa sin título propio para coloquio navideño

Después de dar a mis madres
humildemente las Pascuas:
que las tengan muy felices
en los cuerpos y en las almas;
después de pedir a Dios
las haga a todas muy santas,
fieles esposas y ricas
de virtudes soberanas,
vengo a preguntar a todas
una duda que me enfada
el tenerla, porque yo
no quisiera dudar nada.

En fin, pregunto, señoras,
¿qué es la ocasión y la causa
que se hayan de echar las loas
pudiendo estar ya dejadas,
olvidadas, prohibidas
por más de docientas causas?,
que por ser cosa enfadosa,
no me pongo aquí a contarlas.

Vemos siempre perecer
todas las cosas humanas,
pues, ¿por qué razón las loas
han de ser privilegiadas?
Los edificios padecen
rúinas inopinadas,
cada día hay usos nuevos:
unos mueren, otros pasan.

Todo envejece y se pudre,
todo se olvida y se acaba,
¿y sólo han de estar en pie
las loas? Cosa es pesada.

Si se hiciese algún coloquio,
aunque fuese en Lusitania,
nos han de sacar la loa
como por punta de lanza.

Estraño rigor por cierto,
la paciencia se me acaba.
Después de haberme rotpido
la cabeza, no es patraña,
para hacer este coloquio
que me mandó mi prelada
a quien he de obedecer
de buena u de mala gana,
dan en decir que será
una grandísima falta
el que no se haga loa
y que es preciso la haya.

Esta obligación pondría
la que fue tan inhumana
que en la Fiesta de la Cruz,
el hacer coplas estampa.
Vamos a que sea así
y que ya es cosa asentada
el que echemos esta loa.

Lleve Judas la bellaca
que lo inventó; quiera Dios
que no lo pene su alma,
pero gracias al Señor
que me ha ocurrido la traza
de una historia muy gustosa
y para el tiempo estremada,
que es lo esencial de las cosas
a propósito buscarlas.

Y es, como dice el adagio,
que en casa llena y colmada
presto se guisa la cena
y se da bien sazónada.
Así me ha dado mi ingenio
la historia más adecuada,
más conjunta y más medida,
cosida y eslabonada;
y es aquel caso de asombro
que lamenta toda el Asia:

el robo de Elena, digo,
griega, hermosa y desdichada
por quien Troya tristemente
se anegó en voraces llamas.

Y con esto, madres mías,
ya la loa está acabada.
Bendito Dios que ha salido
como pude desearla:
devota, tierna y tan dulce
como pía y dilatada,
con que ya quedan dispuestas
para la fiesta que aguardan
de este santo Nacimiento,
más atentas e inflamadas.

Y yo me parto a rendir
al Señor debidas gracias
que me deparó el asunto
con que pude edificarlas.
Y advierto a sus reverencias
una cosa de importancia:
que el poeta que las sirve
y tiene ya dedicadas
las Musas para su obsequio,
porque en servir las descansa,
el coloquio que hoy ofrece
para alegrarlas la Pascua,
le ha sacado de la pieza
(aunque él en remiendos trata) ,
y por nuevo y nunca oído
le ofrece y pone a sus plantas.

Humilde, pide perdón
de todas sus ignorancias,
y que admitan las suplica,
la voluntad de agradarlas.
Esperen, madres, por Dios;
lo mejor se me olvidaba,
que es decirles una cosa
que tienen muy deseada
el saberla, porque Dios
fue servido revelar la
a una monja sierva suya
con quien por instantes habla.

Puesta, pues, en oración
con grande afecto esta Pascua
le dijo: "Señor piadoso,
divino dueño del alma,
doleos de vuestras siervas,
que con aflicción tamaña,
han deseado saber
esta enfermedad estraña
que el santo doctor Jufiño
tanto la encubre y recata
que aun el médico, presumo,
tiene la misma ignorancia".

Estando la monja en esto
y casi medio elevada,
que le sucede a menudo
cuando de sueño anda falta,
y en voz sonora y de tiple,
así sintió que la hablan:
"Sabrás, alma preguntona,
curiosa y llena de tachas,
que don Francisco Jufiño,
cuando en su lecho se planta,
siempre es a más no poder,
que en los prados y en las aguas,
quisiera el buen caballero
tener su mayor holganza.

La enfermedad que le aflige
y pone en miserias tantas
es nunca vista ni oída,
es rara y nunca pensada".
"Señor, decidme su nombre",
replicó la monja santa.
"Llámasen", dijo la voz,
"la encubierta, la ignorada".

Con esto, la voz se fue,
y la monja, de admirada,
durmió diez horas de un golpe,
porque estaba bien cenada,
que aquestas revelaciones
nacen de tan justas causas.

Voy a que salga el coloquio
cuyas esquisitas galas,

con increíble trabajo,
cosió la madre Mariana.

II. *Otra loa*

Como sé que la piedad
tan de asiento mora y reina
en religiosas tan santas,
vengo a que de mí la tengan,
y para moverlas más,
con brevedad daré cuenta
de mi vida y mis trabajos,
para que aliviarlos pueda.

Y empezando por mis males
y enfermedades sin cuenta
que agotan la medicina
y ejercitan la paciencia,
callando los interiores,
por no ofender la modestia
de religiosas tan limpias,
perfiladas y compuestas,
diciendo los más externos
que sin piedad me atormentan:
tengo grandes desconciertos
de tripas y de cabeza,
estoy hidrópico y tísico,
tengo modorra y viruelas,
sarampión, gota coral,
lamparones y sordera,
duélenme muelas y dientes,
tengo una quijada abierta
como lo dice este parche
que la cura y la remienda.

Tengo sarna de la fina,
tengo tiña que desuella,
hipocondria, tiricía,
alferecía y paperas.
Y también puedo contar
por enfermedad aviesa
la numerosa cuadrilla
y la multitud perversa
de piojos, chinches y pulgas
que me afligen y molestan,

que esto siempre y mucho más
está anejo a la pobreza.

Si quieren que cuente más,
presten piadosas orejas
y oirán males inauditos
y lastimosas tragedias.
Pero porque no se aflijan
con tan penosas querellas
que aun a mí mismo me enfada
referir tan tristes penas,
quiero cesar y decir
de mi clara descendencia,
y de mi ilustre prosapia,
que honrar un mundo pudiera.

Diéronme muy noble sangre
mis padres, que gloria tengan,
porque descendió mi padre
y vino por línea recta
del más célebre rabino
que se halló en toda Judea.
Mi madre no fue tan noble,
mas su vida fue tan buena,
que suple bien por la sangre
y excede toda nobleza.

Volaba por esos aires,
penetraba chimeneas,
grande bruja de Logroño
famosa en toda la tierra.
Murieron mis santos padres
y quedé en edad tan tierna
que no pude deprender
sus costumbres y excelencias
si no es algunos hurtillos
que fueron toda mi herencia.

Con esto paso la vida
y mis estudios se alientan,
y con la mucha merced
que me hacen las torneras
de este bendito convento;
hágalas Dios muy perfectas.

Pero de esta obligación

que mi afecto representa,
se origina mi cuidado
y mi aflicción se fomenta,
porque llegado yo un día
al torno por ciertas berzas
por extremo sazonadas
que las tripas me consuelan,
cuando me dio la escudilla
la una de las torneras,
entiendo que la menor,
que la conozco en la flema,

.....

que las palabras que dice,
más frías que no discretas
(no es hipórbole el que digo) ,
en la boca se le hielan,
me dijo como imperando,
muy desabrida y severa:

"Mire, señor licenciado,
que le tengo por poeta
y que me ha de hacer favor
de sacarme de una afrenta:
tenemos una novicia
cuya profesión se acerca,
hanme encomendado a mí
que le haga alguna fiesta.
Tengo hecho un coloquito
que a las madres entretenga,
pero fáltame la loa,
que en ocasiones como esta,
es la que da la sazón
y hace la entrada a la fiesta.

Por vida del licenciado,
que de su buena cabeza
me saque una linda loa,
que yo la pondré a mi cuenta,
y quedando agradecida,
no comerá sólo berzas".

Luego, llegando la otra
(digo, la mayor tornera) ,
me dijo con voz süave
que es de azúcar y canela:

"Mire, señor licenciado,
que siempre en cosas como éstas,
para tales ocasiones
la devoción resplandezca;
mire que diga en la loa
unas sentencias perfectas,
unos conceptos muy vivos,
y que en dulces versos puedan
quedar muy edificadas,
muy gustosas y contentas
las madres que, aunque descalzas,
son por extremo discretas.

Diga que la religión
es la vida más perfecta,
que son ángeles las monjas
y que es un cielo en la tierra.

Dígale la obligación
que tiene ya la profesa
de perficionarse en todo
haciendo heroicas finezas
por quien así la ha obligado,
que la trujo en edad tierna,
a comunidad tan santa
adonde, con tantas veras,
procuran servir a Dios
sus candidas azucenas.

Dígale cuán obligada
hoy la tiene su grandeza,
pues que la sacó del mundo
para esposa y para reina.

Dígale que se desvele
en pagar tan grandes deudas,
que tenga grande cuidado
de las cosas más pequeñas,
y que, en los actos comunes,
procure ser la primera,
y que piense cada día,
que es aquél el que comienza.

Que tenga por superiores
a las demás, y que ella

sólo nació para ser
de todas humilde sierva.

Dígale con lindo modo,
dulce estilo y agudeza,
que no le falte un instante
de su esposo la presencia,
y que, en su amor abrasada,
siempre actuarle pretenda
con deseos inflamados
de su corazón, saetas
que arrojadas a su amado,
suavemente le hieran,
pues estarlo de sus ojos,
tal vez el mismo confiesa.

Mire que no se le olvide
el ponderar la grandeza
de estado tan soberano
que hoy la constituye reina.

Y dígame que no afloje
del fervor, que siempre crezca
en caridad y humildad,
en pobreza y obediencia,
que observe, con gran cuidado,
el silencio y la modestia,
y que sean sus palabras
muy afables y compuestas".
Y luego salió la otra
monjidiablo de tornera:

"Y mire que no haya falta,
y de ninguna manera
deje de ponerlo todo
sin que falte en una letra,
y que nos haga una loa
tan acabada y perfecta,
que no la pudiera hacer
tan linda Lope de Vega".

Pues, desdichado de mí,
que en mi vida fui poeta
ni le ha habido en mi linaje
por el siglo de mi aguela,
ni jamás hice una copla

ni sé qué tamaño tenga:
¿qué me piden estas monjas,
quieren que mi juicio pierda?

Si yo no conozco a Apolo
ni [a] aquellas ninfas o dueñas
a quien apellidan Musas
que influyen en los poetas.

Nunca subí en el Pegaso
ni en la fuente clara y bella
a quien llaman Cavalina,
bebí una gota siquiera,
¿pues cómo puedo yo hacer
la loa para la fiesta?

Valga Jesús el coloquio
que tantas penas me cuesta.
Aquel día, como estaba
con tal hambre y tal flaqueza,
dije que haría la loa,
y mucho más prometiera.

¡Oh lentejas desgraciadas!
¡Oh desventuradas berzas!
Pluguiera a Dios que ponzoña
y tósigo se volvieran
antes que el pobre gazzate
a engullirlas se atreviera,
pues me veo por su causa
en una aflicción como ésta.

Señoras, denme una loa
así yo santas las vea,
sea chica o sea grande,
sea nueva o sea vieja,
para que pueda cumplir
con tan terribles torneras,
que si yo no se la doy,
he de perder, cosa es cierta,
la limosna que me dan,
que es por agora mi renta.

¿Que no supiera yo hacer
una loa mala o buena?
¿Que sea tan desgraciado,

que tan poca maña tenga?
Quiero probar y empezar
alguna copla siquiera.

Aunque me coma las uñas
y aunque me pele las cejas
no podré, es cosa de burla,
no me ayuda la cabeza,
que como el sustento es parco,
mucho se me bambolea.

¿Es posible que aun un verso
me ocurra? ¿Hay tan gran dureza
que no halle un consonante
con todas mis diligencias?
Ea, que va, y en mi ayuda
todo el poetismo venga.

Aquí de Terencio y Plauto,
aquí de Lope de Vega,
que de lo antiguo y moderno
fueron luz de los poetas.

Quiero empezar a decir
las dichas de la profesa,
glorioso san Policarpo,
san Damián... Es cosa cierta
que no acierto a decir cosa
que algún consonante tenga,
ni por la imaginación
me ha pasado cosa de estas.

Señoras, no puedo más,
yo quisiera ser poeta
cultífero y criticaco,
y el gran Taborlán de Persia,
pero mi ingenio no puede
salir con aquesta empresa.

Y por Dios que me disculpen
con las señoras torneras
pues para hacerles la loa
he puesto las diligencias;
que si la vida importara,
que se den por satisfechas
y que la encarguen a otro,

que con ingenio y con letras,
las saque de aqueste empeño
con más gracia y agudeza,
que yo en prosa las diré
que al coloquio se prevengan
con benévola atención,
que le ha compuesto Marcela
por el deseo que tiene
que las madres se entretengan.

Porque las ama de suerte,
y de suerte las venera,
que todo cuanto trabajo
el escribirlo le cuesta
y el estudiarlo también,
que muy buen tiempo la lleva,
lo diera por bien gastado,
aunque eterno el tiempo fuera,
por acertar a servir
a quien tanto amor confiesa.

Ahora me falta pedir
a todas sus reverencias,
que si vienen a informarse
de este caso las torneras,
las digan que hice la loa
y que han quedado contentas,
porque no pierda mi hambre
lo que la mata y remedia.

III. *Otra loa*

Sale Jerónima de estudiante

Jerónima Pensarán sus reverencias
que hay loa y que vengo a echarla.
Pues cierto que no es así,
que vengo a desengañarlas.
Que no hay coloquio ni fiesta
que pueda salir a plaza;
están ya los tiempos tales,
las cosas tan acabadas,
que no hay donaire en el mundo.

Ya se acabaron las gracias

con esto de la moneda.
Cuita que todos la cantan
y aun la lloran; está todo
ya sin jugo ni substancia,
ya no hay estaca en pared.
Tantos duelos, tantas faltas
hay en todo, que parece
que el mundo triste se acaba.

Todos lloran, todos gimen;
sólo se alegra sor Juana
porque sus grandes miserias
las ve ya canonizadas,
y no podemos decirle
que ha tenido falta en nada
ni que tiene el ojo negro.

Antes, todo es alabarla
porque en tiempo tan mezquino,
en fin, de comer no falta.
Sólo tengo un gran cuidado
y pesadumbre estremada,
de que ha de impedir a Dios
de estos tiempos la mudanza
porque en todo lo que es poco,
estará muy bien hallada.

Entre todas estas cosas
he de contar la estremada
desgracia y bellaquería,
que así es muy justo llamarla,
pues ha casado estos días,
cosa indigna, cosa estraña,
el platillo prohibido
de rábanos y castañas
que estaba tan detestado
por los vientos que levanta,
y esto no sólo una vez,
que ha reincidido en la falta.

Yo, señores, como veis,
soy estudiante que pasa
de su tierra, que es Getafe,
a estudiar a Salamanca,
y, aunque pobre y mal vestido,
su repunta no me falta

de poeta, pero tengo
la pobre cabeza vana,
con lo cual no he conseguido
lo que tanto deseaba
de hacer una cosa nueva
para alegraros la Pascua.

Y si no lo han por enojo,
aunque por vergüenza salga,
vendrá el pastor de ahora un año
con su montera y polainas
a recitar su romance
sin que le falte palabra,
con sus zaragüelles justos
que siempre con tanta gracia
hace la madre ministra,
destrísima en ser escasa.

Todos, madres, se remiendan,
todos comoquiera pasan,
y así no tengan a mal
ser la fiesta remendada,
digo, de viejo, pues ya
todo lo viejo se saca.

De nuevo añade Marcela:
"No queden desconsoladas";
del gran varón de Maria
el decir las alabanzas
no se puede contener
en esto del alegrarlas
porque el darlas gusto compra,
cuando de dársele trata,
a costa de mil fatigas,
porque aquesto no la cansa.

Ella os ofrece su flema,
su poco donaire y gracia,
y yo, que para serviros
quisiera tener hoy cuantos
tuvieron todas las feas,
bizojas y corcobadas.

Ya se sabe que estos días
que la Iglesia sacrosanta
nos propone este misterio

de un Dios que tanto se humana,
hemos de decir que vino
de su gloria soberana
a aposentarse en la tierra,
y a nacer en unas pajas,
y así, que siempre digamos
unos versos y palabras.

No os admire, pues la Iglesia,
divinamente guiada,
siempre dice unas liciones
y unas antífonas canta.
Y podéis agradecer
no salga el ciego que estaba
prevenido con sus coplas,
romances y zarandajas.

Pero si no viene agora,
en escabeche le guarda
sor Marcela para otro año,
si la obediencia le manda
que haya fiesta, porque ya
lo viejo ha de hacer la barba.

Y pues ya sale lo viejo,
también es justo que salga
a ayudar a sor Marcela,
de que estaba descuidada
Jerónima, aquella enferma
de calenturas tan largas.

En fin, las dos se han juntado
a remendar estas gracias,
plegue a Dios que os lo parezcan,
y que en pago, aunque no aguardan
sino seros hoy de alguna
diversión u de importancia,
para divertir un rato
trabajos y penas tantas.

Entra Marcela

MARCELA ¡Oh mi señor licenciado!,
esté muy enhorabuena
¿Qué se hace por acá,

es hora de la Academia?
Que me dicen que están juntos
ya los señores poetas,
y no es bien que hagamos falta,
que ha rato que nos esperan.
Pero yo en particular
he de asistirles por fuerza,
que siempre hace mucho al caso
un hombre de tantas letras.
Jer. Pues vaya vuesa merced,
que otra ocupación me espera.

MAR. ¿Qué es, por vida de los dos?
¿A mí me oculta y me cela
vuarcé sus ocupaciones
profesando tan estrecha
amistad como se sabe?
Eso no es correspondencia
que se le debe a mi amor;
así Julio lo confiesa,
y Cicerón, de Amicicia
en el párrafo noventa,
en el libro de Estrabón,
aquel español de Cuenca
que con tanta erudición,
todas las humanas letras
celebran por cosa grande,
desvaída y gigantea.

Y si la cólera sube
a las narices abiertas,
rebosaré más latines
que caben en una espuerta.

JERÓNIMA.
Quedo, quedo, no se azore.

MAR.
Estoy como una pimienta,
echo por los ojos fuego
¡y pólvora por las venas,
estoy...

JER.
Sosiéguese pues,
¿para qué es tanta braveza?

Yo le diré a lo que voy.

MAR.

Pues con eso estarán quietas
las vigorosas pasiones
que andaban ya muy revueltas,
desencuadrado todo,
el compuesto y dependencia
de los órganos vitales
que dan esfuerzo a la lengua
para que pronuncie arrojados,
para que exhale bravezas
vomitando con asombro
las palabras más sangrientas.
En fin, ¿dónde va a parar?

JER. Tengo un poquito de fiesta
en cierto convento santo.

MAR. ¿En convento? ¡Guarda fuera!
Dios me libre de empeñarme
con monjas de esa manera.

JER. Yo sé que si sabe dónde
es el convento y la fiesta,
que no escuse el ir conmigo,
que las estima y respeta.

MAR. ¡Hablará para mañana!
Las Trinitarias son éstas.
¡Oh, son unos angelillos
como una alcorza y manteca!
Son grandes amigas mías,
siempre de honrarme se precian,
y todas mis boberías
las aplauden y celebran.
Iré con gusto notable
y ayudaré como pueda,
implorando al dios Apolo,
al Parnaso y sus doncellas,
para alegrar a esas madres
que tanto mi afecto llevan.

No soy amigo de monjas,
y confieso que, por éstas,
con demostración y gusto,

por conocer bien sus prendas,
mostrar lo que yo las amo
con alegrarlas siquiera.

Son santas sin ceremonias,
sin extremos y quimeras,
sirven a Dios en verdad,
con lisura y con llaneza.
Pero dime, por tu vida,
¿quién las rige y las gobierna?

Digo, ¿quiénes son preladas?
¿Son las mismas que lo eran
cuando yo las predicaba
y trataba sus conciencias?

Jer. Las mismas son: las Ineses;
por muchos años lo sean.

MAR. ¿Hante dado pesadumbre
que tal maldición les echas?
Si yo quisiera muy mal
y en extremo aborreciera
alguna humana mujer,
por ministra la pusiera.

Pero volviendo a las dos
de quien hablas: las primeras
mujeres del mundo son
en virtudes y en prudencia.

Jer. Por agora, en alabrarlas
vete despacio, no entiendan
que por algún interés
adulas y lisonjeas.

Mar. Ya saben mi condición
y cuán poco la profesa,
pero verdades tan claras,
a todos son manifiestas.

De cuanto las murmuramos,
oigan una vez siquiera
un poquito de alabanza,
presente de fruta nueva
que no haya miedo que dure

mil años verde y entera.

JER. Y de la madre sor Juana,
¿cómo está su reverencia?

Mar. Que me dicen que está gorda,
moza, hermosa y muy contenta
con estas calamidades,
que es mucho placer el verla.

Jer. Antes te digo que es poco.
mas ya he tocado esa tecla.

MAR. Pues por eso no la dejes,
que es tan copiosa materia
que si en ella gastas siglos,
siempre la hallarás entera.

En fin, la madre ministra
tiene escapatoria buena
para no comprarnos nada.
Con los tiempos y miseria,
bien los pudiera pagar
y comprar su reverencia
la miseria de los tiempos
porque la suya no vieran.

JER. Mira qué presto volviste
la hoja.

Mar. No es cosa nueva.
Que este modito de hablar
es cierto que mejor suena.
Pero porque se hace tarde
y estoy con cuidado y pena,
que si se enoja sor Juana
corre gran riesgo la cena,
me voy a ponerla en cobro.
Quiera Dios que la halle entera
porque, como cita Valdo,
"Modorrorum opera mueca, bobolata sum".

JER. Y será muy gran trabajo
no cenar y haber pendencia.

IV. *Otra loa*

Sale Marcela sola

MARCELA Dos intentos me han traído,
¡Oh venerable senado!,
a hablar a sus reverencias
de suma importancia entrambos.
El primero es a pedirles
perdón humilde, aunque tardo,
de cuán mal las he servido
y cuán poco regalado;
grande mortificación
han tenido en tolerarlo,
y me tienen por extremo
mortificada del caso,
valiéndome de disculpas,
que de ellas siempre me valgo.

Mis fuerzas han sido pocas,
los tiempos muy apretados;
no es mi habilidad tan grande,
éste es caso averiguado,
como mi flema, que a serlo,
en nada hubiera faltado.

Pero de estas ocasiones
las madres habrán sacado
mucha gloria para Dios,
con su sufrimiento largo,
para sí grandes coronas
que les habrá granjeado
mi desmaña, mi miseria
y mi mucho desagrado.

Como cuerdas, como santas,
en fin todo lo han pasado,
abrazando por su esposo
lo desabrido y lo escaso.
Sin duda que en otros dones
lo habrá cumplido y colmado
el que sabe pagar bien
lo que por su amor obramos.

Con aquesto me consuelo,
que siempre le he suplicado

supla por mí y las regale
con deleites soberanos.
También por mis compañeras
pido perdones, y traigo
de su parte otras disculpas
por lo que hubieren faltado.

Encarnación, con más veras
os dice, ilustre senado,
que si no ha dado lo justo,
más de lo justo ha guardado.
Y de esto soy buen testigo
que, como ello esté cerrado,
aunque todo se le pudra,
no le da ningún cuidado;
y como esté en la despensa,
debajo de llave, el jarro,
le parece que no importa
que esté el vino destapado.

Pero ya es hora que diga
el otro intento que traigo,
que es decir mis aflicciones
y recitar mis trabajos.
Mis congojas son sin cuento,
sin límite mis fracasos,
y mis tristezas se suben
por encima del tejado.

Todas estas pesadumbres,
madres, se han originado
porque veo se me acaba
este oficio regalado.
¿Cómo podré yo pasar
sin ti que eres mi descanso?
Es imposible que pueda
vivir mucho con tal trago.

Si yo tuviera pañuelo,
amargamente llorado
hubiera, en esta ocasión
que refiero el triste caso.

Entra Escolástica

ESCOLÁSTICA Pues por eso no lo deje
su caridad, que este paño
le traigo para ese efecto
de su oficio tan amado.
Y advierta que es el más limpio,
más curioso y bien doblado,
porque en tales ocasiones
salga lo empapelonado.

Mar. ¿Hay crueldad como aquésta,
que tal prenda me haya dado
para renovar mis llagas
que aumenten mi mal tamaño?

Esc. Su caridad se lamenta
con tanta razón, que creo
que le falte el juicio antes
que le falte el sentimiento.
Cierto que el mío es de suerte
que si en casa hubiera río,
en él me echara, y no piensen
que fuera gran desvarío.

Mar. ¡Ay Escolástica mía,
cuánto falta? Que imagino
que se va el tiempo pasando
sin que el sentimiento mío
se detenga ni una hora.

Esc. Corre cual veloz navío.

Mar. Dime, ¿cómo pasará
sin el rato entretenido
de Antonio, el ama y Alonso?

Esc. Remédíelo el crucifijo.

Mar. ¿Qué haré sin la tabernera,
sin la guevera y sus hijos?
Pues la buena pastelera...

Esc. Esa es de bondad prodigio.
Todo calle, y sólo hablen
las oficinas que pinto:
en verano, como un horno,
en invierno, como el mismo.

Mojadas, hechas un agua,
ya bajas, que el colodrillo
dirá bien con sus chichones
las veces que le medimos.

Y nos alteran las venas
aquel retrete, que apenas
se divisan las paredes
porque su lóbrega luz
a la oscuridad excede;
¿no te enamora y contenta?
¿Y la ventana que alienta
adonde estamos tres horas
recibiendo el cierzo airado?

Mar. Muchas veces me he admirado
cómo no quedamos muertas
del tiempo y del aire frío.

Esc. En el monte Peralvillo
creo que han de trasladar
por carne momia a las tres
con hábitos y con tocas.

Mar. Pues no nos volvemos locas
de dejarte, oficio amado,
grande juicio habrá sobrado:
sépanlo malos y buenos.

Pues aquesto es lo de menos,
que otras infinitas cosas
dejaremos sin decir,
que vamos a prevenir
el platillo que es costoso.

Sin ti cómo habrá reposo;
ni sé cómo vivo ni hablo,
¡oh mi oficio, yo te quiero
del mismo modo que al diablo!

Esc. Mis madres, pues yo, ¡pajuelas!,
tan enamorada estoy,
que diera dientes y muelas
porque se acabara hoy.

V. *Otra loa*

A una profesión

Discretísimo senado,
en quien religión, prudencia
y entendimiento se igualan
por no entrar en competencia,
suplico a sus caridades,
también a sus reverencias
(perdonen que van después
aunque el verso da licencia) :

*Loquitur carmina
totius frasis sonat.*

En fin, suplico a vustedes
me estén un ratico atentas,
y a un diluvio de trabajos,
a un estanque de miserias,
a un océano de males
presten piadosas orejas.

Vengo, madres y señoras,
con una muy grande pena,
con una angustia mortal
por una inaudita ofensa;
no habrán oído en su vida
desgracia que lo parezca,
aflicción que así lo indique,
ni pudrición con más lenguas.

*Abundantiam malorum,
tacitum nunquam.*

Bien se acordarán que soy
un licenciado poeta,
que por ser tan conocidas,
no referiré mis prendas.

Ya conté de mi prosapia,
mi linaje y descendencia,
de mi padre y de mi madre
dije hazañas y nobleza,
mas, olvidóseme entonces
de contar... y es cosa cierta

que la vi con estos ojos
que encubaron a mi agüela,
mas, vuelvo a lo que decía,
que las cosas de la tierra,
por más que ensalcen a un hombre,
de vanidad están llenas.

*Vanitas humana,
pessima infirmitas.*

Digo, pues, que ya les dije
una noche en cierta fiesta,
cómo era un estudiante
que pasaba con pobreza,

*Necitas magna
caret lege.*

Pues ésta me dio ocasión
a que contase mis menguas
en un convento de monjas,
mejor dijera, de fieras
en lo crüel, en lo acervo
más que víboras se ostentan.

No digo que lo son todas;
con decoro y con decencia
hablaré de las demás,
que sólo tres me atormentan:
éstas son las provisoras,
las mujeres más sangrientas,
monjidemonios escuadra
y el colmo de la miseria.

No soy hombre arrojadizo,
que no pronuncia mi lengua
palabras, que la razón
las ministra con gran fuerza,
no deja contar el caso
y la acción crüel y fiera
de estas de hierro mujeres,
el enojo y la vergüenza.

Si tienen por ahí un trago,
me le den sus reverencias
porque tengo la garganta,

con la cólera, muy seca.

*Animum debilem
vinum corroborat.*

Supe que, en aquel convento,
había una grande fiesta
a las bodas celestiales
de un ángel que a Dios se entrega,
y, como sabía yo,
que, en ocasiones como ésta,
recitan las religiosas,
a lo devoto, comedias,
digo, coloquios divinos,
que útilmente las divierta,
parecióme que podría
con mi ingenio y con mis letras,
haciéndoles una loa,
salir de tanta miseria
y, por lo menos, comer
un par de días siquiera.

Y luego se me ofreció
que el secretario Carencia,
liberal en tal acción,
la casa tendría llena.
Parto al convento en dos saltos,
mas, ay, que topé a la puerta
un león, un tigre hircano,
en fin, con una Marcela.
Lleguéme por un ladito
y díjele con modestia:

"Madre mía, tengo a dicha
topar con su reverencia
porque la traigo una cosa
que habrá menester por fuerza.
Aunque me ve capirrotto,
tengo un jirón de poeta
y me precio de discípulo
de aquella fecunda Vega
de cuyo ingenio los partos
dieron a España nobleza.
Hele compuesto una loa
para acompañar la fiesta,
y quisiera fuera tal

que a todas gusto las diera".

"¿Adónde tiene la loa?"
me respondió boquisesga,
boquiseca, boquiabrojos,
boquiespinas y asperezas.

"Madre, en el seno la traigo;
vela aquí su reverencia."
"Muestre, amigo; Dios le guarde
que me voy a rezar tercia."

"Madre mía", repliqué,
"hágame su reverencia
caridad de darme algo,
que es muy grande mi pobreza".

"Jesús, amigo, Jesús,
mucho mayor es la nuestra:
a cuarenta y dos personas
este convento sustenta
con cien mil obligaciones
y con poquísima renta,
y no cobramos un real
y tenemos muchas deudas."

"Yo lo creo cierto así",
le dije, "madre, mas vea
que mi pobreza y mi hambre
con muy poco se remedia:
con que me dé una escudilla
de berzas u de lantejas
habrá cumplido conmigo
y hecho una obra muy buena".

"En verdad que está eso bueno,
un real cuesta cada berza,
cada escarola seis cuartos,
cada hanega de lantejas
puestas aquí, y de subirlas,
bien llegarán a cincuenta;
y luego los mozos piden
ya de beber, ya merienda

¿No es esto verdad, Mariana?
Y como todo nos cuesta

más que vale, sabe Dios
que quisiera no comieran
las monjas." Esto decía
una de sus compañeras,
y parecían hermanas
en lo mísero y la flema.
Mas la otra monjirripio,
la segunda compañera,
más piadosa aunque muy poco,
aqueste caso modera:

"Mariana, tráele a este pobre,
que dejé en la cobertera
dos puerros y un güebo casi,
que sólo falta la yema".

"Eso tengo para mí,
con que ahorraré la cena;
no lo dé su caridad,
voy a cerrar la despensa.
Bien se ve cuán poco sabe
su caridad lo que cuestan
las cosas pues tan sin tiento,
manirrota las franquea."

Esto dijo aquella sierpe,
aquella áspera Marcela.
Yo, un poco más atrevido,
que la razón da licencia,
le dije: "Pues, madre mía,
en una fiesta como ésta,
¿no ha sobrado alguna cosa?
¿Es posible que una pera,
un poquito de pescado,
un poco de pan no tengan?".

"Si me ha sobrado pescado,
si fruta o cosas como éstas,
¿no ve, hermano, que me falta
casi toda la Cuaresma?
En ella: la Encarnación,
san Josef, que es la primera,
Jueves Santo, que es forzoso
dar una comida buena,
Resurrección, cien apóstoles
que entre Pascuas se celebran,

la Cruz de Mayo, santa Ana,
primero la Magdalena..."

Y si yo no la atajara,
el calendario leyerá
sin dejar santo ni santa
en el cielo ni en la tierra
a quien esta mujer dura
en sus fiestas no metiera.

Digo en su ponderación,
que en refitorio no entran
si no es en el Flosantorum
o en otra sacra leyenda.
"¿Es posible", repliqué,
"que un poco de pan les falta?"

"Y cómo si falta, amigo",
respondió la muy pelada,
"ya ve cuán caro es el pan,
y siete hanegas no bastan
para el gasto del convento
para una sola semana,
y estamos, si no lo sabe,
muy por extremo alcazadas".

No alcancéis, plegue a san Bruno,
a tener un poco de agua
mujeres las más crüeles,
las más míseras y malas
que han contado las historias
ni que han fingido las fábulas.
Dios os dé hambre canina
y no podáis apagarla,
y siempre el pan que comáis
no os pase de la garganta.

Toda la demás comida
se os vuelva amarga o salada,
en el caldo halléis mil moscas,
en los güevos, garrapatas,
los higos despidan tierra
y mil gusanos las pasas;
en la cabeza os dé tiña,
en las manos os dé sarna;
veáis en vuestras despensas

ratones en abundancia.

Y en este discurso largo
que de vuestro oficio os falta,
no quede muela ni diente
que a las monjas no se caiga;
déles grandes desconciertos,
todas vomiten sin tasa,
males de madre sin cuenta,
lombrices, dolor de ijada.

Gastéis a arrobos el vino,
a todas ofenda el agua,
no pueda comer ninguna
aceitunas ni ensalada;
destiérrese todo aquello
con que sois más aliviadas,
sólo gastéis lectuario,
bizcochos, nueces moscadas,
y todas digan a voces
que habéis querido matarlas.

Y a no ser yo tan paciente,
más maldiciones echara,
que el justo enojo me obliga
a demostración tamaña.

A darte mil parabienes,
alma dichosa, me invía,
desde su impíreo palacio,
la Trinidad individua.

Lo primero, recibid
de la celestial María,
emperatriz de los cielos,
norabuenas y caricias.

Con benévolo favor,
hoy te adopta por su hija;
mucho pide esta merced,
de correspondencia es digna.

Recibe las norabuenas
de tantas glorias y dichas,
de los espíritus nobles
de todas las jerarquías,

de los santos y las santas
que acá militar solían,
y ganaron sus coronas
con virtudes infinitas.
No las ganaron de balde,
si bien son tales sus dichas,
que les pareció muy poco
dar sus honras y sus vidas.

Y todas sus asperezas
y penitencia excesiva
que ejercitaron por Dios,
por regalos las estiman.

De los patriarcas santos
Joan y Félix, recibidas;
y vean todos en vos
que os preciáis de ser su hija
en la humildad y paciencia,
en la caridad más fina
y, sobre todo, en estar
a la obediencia rendida,
y de manera sujeta
a toda humana fatiga:
que sea gusto el mandaros,
y que sea hablaros dicha.

Muy grande la habéis tenido
en renunciación tan digna
de vuestras obligaciones,
como habéis hecho este día.

¿Qué pensáis que habéis dejado
en las riquezas? Espinas
que fatigando las almas,
las congojan y fatigan.

Todo cuanto aprecia el mundo
son miserias, son mentiras,
accidentes sin substancia,
todo apariencias fingidas,
y así, debéis estimar
y estar muy agradecida
a favor tan singular
y mercedes tan crecidas
como ha sido daros luz

para desechar mentiras,
para conocer verdades
que os conducen a tal vida.

¿Vos, esposa del Gran Rey?
¿Un gusano y una hormiga
que tan alto estado goce?
A los ángeles admira.

Procurad, con toda el alma,
imitarlos en la vida,
que el estado en que hoy os ponen
a mayor cuidado obliga:
un serafín abrasado,
cuyas llamas esparcidas
en todas vuestras hermanas,
las encienda y las derrita
en amores del esposo
que liberal os obliga
a que le busquéis humilde,
a que le sirváis muy fina

Estad con todas igual,
estad con todas benigna,
amaldas en general:
seréis de todas querida.
Sea la santa Oración
el alivio y acogida
de todos cuantos pesares
se ofrecen en esta vida.

Sed muy afecta al Silencio,
de Soledad muy amiga,
porque son de la Oración
las dos hermanas queridas.
Que vos y Dios solamente
vivís en aquesta vida
asentad en vuestra alma,
que es perfección y peregrina.

Huid de todo y de todas,
y mucho más, de vos misma,
que es lección que Cristo lee
a sus esposas queridas.
Si guardáis, alma dichosa,
aquesta breve doctrina,

presto ascenderéis al monte
de la perfección más fina.

Alabad a tan buen Dios,
siempre en vuestros labios vivan
sus loores y alabanzas
sirviéndole con leticia.
Si queréis saber quién soy:
de los que mi Dios asigna
para guardar de los hombres,
en ínfima jerarquía.

Con tanto amor os asiste
nuestra celestial milicia,
con tanta humildad os guarda,
con tanto cuidado os mira,
porque Dios lo quiere y manda;
cosa rara y peregrina,
como si el hombre tuviera
naturaleza divina.
Engrandecido sea Dios;
alábenle sin medida
los ángeles y los hombres
su santo nombre bendigan.

VI. *Otra Loa*

A la soledad de las celdas

A daros mil norabuenas
de dicha tan deseada,
vengo, santísimas madres,
con mucho gozo en el alma.
Y este gozo se origina
de ver que ya vuestras ansias
y deseo de retiro
el piadoso dueño paga.

Vuestra santa pretensión
justísimamente alcanza
hoy la alegre posesión
de tan largas esperanzas.
Si yo espíritu tuviera
y elocuencia soberana,
de la amable soledad

dijera las alabanzas,
pero soy muy ignorante
y en el espíritu zafia,
y pudiendo decir tanto,
u diré muy poco u nada.

Como estoy tan exterior
y en muchas cosas turbada,
de aquel Uno necesario
ignoro excelencias tantas.
Alaben la soledad
las almas experimentadas:
las que en dichosa quietud
a su tierno esposo abrazan.

La estrecha conversación
que tienen con Dios las almas
en la soledad alegre,
las hace humildes y sabias,
porque el Espíritu Santo,
cuando ama mucho a las almas,
las lleva a la soledad
y a los corazones habla.

Y las palabras que dice,
tan substanciales y claras,
son de heroica perfección
y santidad consumada.
En la soledad parecen
estas apariencias, falsas,
que el mundo vende por buenas,
con infinidad de faltas.

En la soledad se quitan
las nubes grandes y opacas,
y el alma, llena de luz,
toda la verdad abraza.
En la soledad se vencen
las pasiones mal domadas,
los sentidos se componen,
los apetitos se matan.

En la soledad se acuerda
de su presto fin el alma
y, confiando en su Dios,
consigue la amada patria.

En la soledad desea
el alma ser despreciada
y que, olvidándola todos,
la dejen en dicha tanta.

En la soledad se advierte
que Dios solo al alma sacia,
y que todo lo criado
sólo aflige y embaraza.
En la soledad se gozan
favores y glorias tantas
que, si no tuviera fe,
por eternas las juzgara.
En fin, todas las virtudes,
todos los dones y gracias,
en la soledad feliz
se comunican al alma.

Entrad, pues, madres gozosas,
fervorosas y animadas,
que el Señor que dio las celdas
también dará lo que falta.

Lo que falta es el adorno,
que en una celda descalza,
no ha de faltar lo curioso
de muy vistosas alhajas:
desnudez, pobreza, olvido
de toda cosa criada
y un incesable deseo
de ser más pura y más santa;
que la celda material
ha de servir como caja
que guarda la interior celda
donde el esposo descansa.

Que si faltase el espíritu
y la oración en el alma,
más que santa religiosa,
será mujer encerrada.
A todas sus reverencias
comunique Dios su gracia
para que, viviendo solas,
estén bien acompañadas.

VII. *Loa*

En la profesión de la Hermana Isabel del Santísimo Sacramento

Discretísimo senado,
dóminas santas y bellas,
monji-serafines todas
en ardores y en pureza;
jardín de diversas flores,
de abundantes frutas güerta,
y de perfumes divinos
pomo hermoso y cazoleta:
yo soy un pobre estudiante
tentado por ser poeta,
cosa que, por mis pecados,
me ha venido por herencia
porque: Qualis pater, talis filius, etc.

Supe que en aquesta casa
hoy la fiesta se celebra
de las bodas siempre alegres,
siempre felices, y exentas
de las humanas desgracias
que ha vinculado la tierra
en todos sus regocijos
por más lícitos que sean.

En fin, supe se consagra,
se dedica y hace entrega
la hermana Isabel dichosa,
que hoy su himineo celebra
con la sacra Trinidad,
que la persona tercera
enlaza dos corazones,
que en la voluntad dispuesta
de Isabel, hace que Cristo
tome posesión entera.

Tan a lo tierno la mira,
tan fino la galantea,
tan liberal la enriquece
y tan maestro la enseña,
que esperamos que ha de ser,
si humana correspondencia,
más que humano su fervor,
y que a comenzar dispuesta

se halla para una vida,
que de virtudes compuesta,
dé a Dios infinita gloria,
y todas sus reverencias,
de tenerla por hermana,
sumamente estén contentas.

Ya Isabel, con nuevos bríos,
se dispone, y considera
que con lo activo de Marta,
tendrá a María contenta,
porque no hará división
de dos hermanas tan buenas.

Con esto, el divino esposo
que ama tanto cuanto cela,
gustoso en su corazón
hará asiento, de manera
que ella, unida y transformada,
goce del cielo en la tierra.

Pero porque en tanto día
si todo fuese de veras,
sería cosa cansada,
melancólica y funesta,
quisiera templar, si acierto,
a lo humano, mi vigüela,
y que en estilo gracioso,
me ayudasen las doncellas
del sacro monte Parnaso,
sin que a lo serio compuestas
vengan en esta ocasión.

Con cuidado las espera
mi calabaza que en ayunas
lo mismo están; poca cena
como ha dispuesto y trazado
la más lucida miseria,
la poquedad más bizarra
que ha sacado en quinta esencia,
con indecible trabajo,
la gran flema de Marcela.

El otro día apostaron,
la madre ministra y ella,
a cuál haría más actos

de escasez y de miseria.

Y sucedió un caso raro
que pide atención entera:
que entrabas a dos ganaron,
y quedaron muy contentas.

Quisiera, por mi consuelo,
el que la misma Marcela
relatara de sí misma
lo que hay en esta materia.

Mas dejémoslo al silencio,
que no es posible que pueda
explicarse con palabras
una cosa que es inmensa.

Pero la madre ministra
bien quisiera que comieran,
pero que no se gastara,
sí que de milagro fuera.

Ya presumo que dirán,
con causa, sus reverencias,
a qué propósito fue
el decir que era poeta.

Yo daré razón de mí,
que me he olvidado no entiendan
de lo que dije al principio.
Ninguna se me divierta,
ni me escupa ni me tosa,
se me recoja o se duerma,
que es tan sutil y delgado
mi ingenio, que si bostezan
o hacen acción semejante,
se me perturba y enreda.

Es cosa para admirar
tan grande delicadeza;
si oyese yo que respiran,
hagan cuenta que no hay fiesta.
En fin, los días pasados
quise hacer cierta comedia,
digo, un coloquio que fuese
del gusto de la profesora.

Levantéme una mañana
cuando, con boca de perlas,
despertaba el alba al sol
y acostaba a las estrellas,
porque: Aurora gratissima musis.

Mas, con grandes aparatos,
salieron todas compuestas
las Musas, digo, que Apolo
me influía su elocuencia.

Vestidas gallardamente,
tocadas por excelencia,
traían joyas muy ricas,
velos, bandas, flores, trenzas,
aunque una vino muy tosca,
mala Musa, Musa adversa.

El desaliño y desaire
pienso que imitar pudiera
María de san Francisco
que tan gustosa le ostenta.
No traía, cual las otras,
arte, preceptos y ciencia;
ninguna las profesaba,
gran defecto en la pobreza
porque: Necesitas caret leges.

Madres mías, ¿eso hacen?,
pues ya mi ingenio me deja;
si quieren que fiesta haya,
han de quedar como muertas.
Ríanse, pero de suerte
que no se oiga y se vea.
Quiero volver a decir
las dichas de la profesa.
No hay que tratar, yo no acierto;
¿no quieren estarse quedas?
¿Concepción hase sentado?

Que perturbará si entra
a la mitad del coloquio,
que no será cosa nueva.
Gracias al Señor que ya
se va rompiendo la vena,

y si va tomando brío,
tendremos galante fiesta.

Un poquito ha estado floja,
quiera el cielo que no vuelva
a enflaquecer; hagan, madres,
oración con toda priesa.
Atención, que va una cosa
con erudición muy nueva.
Válame Dios, ¡qué trabajo!,
no hay hipérbole que pueda
encarecer lo que pasa
de aflicciones un poeta
si sale; embota el ingenio
si la vena se le cierra:
no me ocurre de importancia
cosa que deciros pueda.

Corrido estoy y confuso,
¡quién escaparse pudiera!
Ea, consonantes tardos,
ea, gordas agudezas,
¿por qué me desamparáis
en ocasión tan de veras?

Señoras monjas, yo voy
a hacer luego una receta
de anacardina, y un parche
de galvano o girapliega,
que dicen que es milagroso
para hacer que los poetas
en un instante disparen
los versos como escopetas;
también dicen, que es famoso,
unas rosquillas muy buenas.

Vaya la madre ministra,
y venciendo su miseria,
de bollicos y rosquillas
me traiga una grande espuerta.
Con esto confío en Dios
que en seis semanas enteras
habré compuesto una copla
con cuatro pies muy derecha.

Iré remitiendo así

algunas obras que ostentan
lo grande de mi talento,
lo lucido de mis letras.
Si de ello fueren gustando
mis madres, sus reverencias,
envían a mi posada
ricos dulces y conservas;
así, madres, he pensado
el dejar hecha una hacienda.

Quiero darles hoy las Pascuas
de la Navidad que llega,
que aunque faltan cinco meses,
la prevención siempre es buena.

"Quien da luego, da dos veces",
dice el adagio en mi tierra,
pues recíbanlas con gusto,
tengan las Pascuas cual sean
los años que yo deseo:
no se las demos a medias,
además que podrá ser
que ocupaciones me tengan
entonces sin atención,
y caiga en falta tan fea
como dejar de cumplir
con obligación como ésta.

Mas, porque ya se hace tarde
y mi compañía espera,
que a recitar el coloquio
con grande afecto se apresta,
será bien que cesen ya
las burlas, porque de veras
digamos a nuestra novia
una palabra siquiera.

Y daréle un documento
que, si bien común, encierra
una grande perfección
a que el alma santa ancla:
que es que piense cada día
que aquél es el que comienza
a servir y amar su esposo
muy desvelada y atenta,
a no hacer imperfección

que alguna advertencia tenga,
que en lo frágil de esta vida
es imposible que pueda
pasar sin el tropezar.

Pero es menester que advierta
que ha de sacar más virtud
con el pesar y la enmienda,
y que a la oración continua
tan aficionada sea,
que ore sin intermisión
como san Pablo lo enseña.

Mas crea que la oración
no puede ser muy intensa
si deja de acompañarla
el silencio y la modestia,
sus sólidos fundamentos,
la humildad y la obediencia.

Levantará un edificio
con hermosura y grandeza;
compañera inseparable
la rica pobreza sea:
gozará de la abundancia
aunque tenga grandes menguas.

A la santa mansedumbre,
ni la olvide ni la ofenda,
que es de la humildad hermana
y de la paz muy parienta.
Con esto será, sin duda,
tan ajustada y perfecta
que sea Dios alabado
y engrandecido por ella.

FIN